

UNA PÀGINA INÈDITA DEL DR. LLORENS (1)

## DE LA UNIDAD DE LA FILOSOFÍA

La SOCIETAT CATALANA DE FILOSOFIA aprofita l'avinentesa d'inserir en el seu primer Anuari el present escrit inèdit del Dr. Xavier Llorens i Barba per retre un fervorós homenatge a la memòria del venerat professor, mestre, abans que tot, en l'art del recte pensar i del ben regir-se, en qui l'home i la doctrina concord ren admirablement en una síntesi viva i harmònica que justifica que, amb raó, se'l pugui considerar com un dels representants més caracteritzats del seny racial.

El treball publicat a continuació és l'exercici escrit fet pel Dr. Llorens en les oposicions a la seva Càtedra de «Filosofía y su Historia» —aquesta era la denominació oficial— de la Universitat de Barcelona, efectuades l'any 1847. En Llorens tenia aleshores 27 anys. Malgrat ésser un treball reglamentari, amb tema imposat, fruit d'una quasi improvisació a causa de la limitació de temps de l'exercici, l'actitud filosòfica del Dr. Llorens hi està clarament definida, amb juvenívola vigoria, fins al punt que el present escrit, no obstant no ésser aquest el propòsit del seu autor, constitueix un interessant pròleg a la labor filosòfica que el mestre havia de desenvolupar després en la càtedra. Qui es vulgui convèncer de la veritat d'aquesta asseveració no té més que comparar detingudament els conceptes fonamentals continguts en aquestes breus pàgines inèdites, el sentit de ponderació i de crítica i la captivadora i eloqüent senzillesa en la manera d'exposar, tan propis d'En Llorens, amb les Lliçons de Filosofia i altres treballs complementaris recollits en els tres nodrits volums publicats per la Facultat de la Filosofia i Lletres de la Universitat de Barcelona (2).

(1) L'exhumació del present escrit inèdit del Dr. Xavier Llorens es deu a la diligència afectuosa del malaguanyat catedràtic de la Facultat de Filosofia i Lletres, Dr. Cosma Parpal i Marqués, qui, farà uns cinc anys, el copià directament de l'expedient de les oposicions a la càtedra obtinguda pel Dr. Llorens l'any 1847, expedient que estava arxivat en el Ministeri d'Instrucció Pública i Belles Arts. La SOCIETAT CATALANA DE FILOSOFIA remercia coralment a la senyora Vidua i fills del Dr. Parpal les amables facilitats donades per a la publicació.

(2) Vegi's l'obra: *Lecciones de Filosofía explicadas en la Universidad literaria de Barcelona durante los cursos de 1864-65 y 1867-68 por el catedrático de Metafísica DR. D. FRANCISCO JAVIER LLORENS Y BARBA*, taquigrafiadas por su discípulo Dr. D. José Balari y Jovany (*Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona*). Barcelona, 1920. Tres volums de 440, 408 i 462 pàgines respectivament.

«El punto que nos ha cabido en suerte es uno de aquellos que con su generalidad abarcan gran número de objetos, al paso que su importancia exige cabal conocimiento de cada uno de ellos. Su resolución requiere golpe de vista que abrace así el conjunto como los detalles de una vasta ciencia.

¿Hay una o muchas Filosofías? se nos pregunta. Es decir, esa palabra Filosofía, empleada y repetida por espacio de tantos siglos, ha tenido siempre un sentido determinado, ha designado constantemente una ciencia a cuyo objeto claramente fijado se han dirigido cuantos esfuerzos han hecho los que se han granjeado el nombre de filósofos. ¿Hay una sola ciencia que merezca el nombre de Filosofía? ¿Tiene ésta fijado su objeto, sus límites, el método que deba emplear en sus investigaciones?

Cuestión es esta que requiere detenido examen y sobre la cual sólo nos atrevemos a ensayar algunas reflexiones, únicas compatibles con el corto tiempo que tenemos para explanar tan importante materia. Ante todo advertiremos que no vamos a ocuparnos de la aplicación de la palabra Filosofía a varios ramos del saber humano, pues en estos casos sirve comúnmente para expresar que la ciencia se eleva sobre los objetos que forman su dominio y explica sus más altas razones, así como en el arte señala los principios de donde deriva o las ideas cuya realización le está encomendada.

Queremos hablar aquí de la Filosofía considerada como a ciencia y de la cual derivan importantes aplicaciones a la vida humana.

Una vasta historia encontramos de los trabajos que la razón humana ha hecho para conocerse a sí misma y para comprender la universalidad de los seres. No sólo el sentimiento de admiración ha debido cautivar al hombre que contempla el espectáculo de la naturaleza, el más vivo deseo de saber le sobrecoge en vista de la sucesión de los fenómenos; no sólo el mundo exterior, sino el que dueño de sí mismo siente, le llaman a la investigación de las causas, al conocimiento de la naturaleza, siquiera para importantes aplicaciones prácticas.

Así en la infancia de la razón humana, en las primeras edades de las civilizaciones antiguas, encontramos ya un principio de Filosofía que, aunque con un carácter eminentemente práctico, comprende, no obstante, el sistema entero de los conocimientos humanos. Y no podía suceder de otra suerte: el problema del universo ha debido presentarse en un principio con una confusa unidad, hasta que observaciones posteriores hayan venido a deslindar algunas de sus partes. Mas confundida esa filosofía primitiva con los dogmas de diferentes religiones, retirada y envuelta en el misterio de las iniciaciones, conservada por castas privilegiadas, ha presentado siempre el carácter de la unidad que motivó las investigaciones primitivas. Ya en este período la vemos en la India con alguna variedad al mostrarse más o menos separada del dogma religioso. Mas vengamos a la época en que aparece el pueblo más importante de la antigüedad, el cual entregándose con todo el entusiasmo de su genio al estudio de la naturaleza, así como nos da brillantes pruebas de la libertad del pensamiento, inaugura una serie de trabajos cuya continuación encomienda a las generaciones venideras. En el tiempo en que la Grecia entra en

el goce de su libertad, en que nace para el arte e inaugura su gloriosa carrera; en ese siglo en que Atenas recibe las leyes de Solón, aparecen Tales y Pitágoras con toda la fuerza de ingenio necesarios para enaltecer dos grandes escuelas. El principio de observación caracteriza a la primera; la concepción y el raciocinio forman la fisonomía de la segunda. Dos ramas dividen a la escuela de Elea, de las cuales des- envolviendo los principios pitagóricos una llega al idealismo, mientras la otra se relega hasta el sensualismo. Ya resalta la mayor diversidad en la Filosofía, y las doc- trinas jónica e itálica, transportadas a Atenas en la época brillante en que la Grecia con sus armas había rechazado las innumerables huestes del Oriente y en medio del júbilo de sus triunfos daba mayor vuelo a la originalidad de su genio, van a chocar entre sí para que, después de un corto período de confusión y de duda, vuelva a ostentarse el genio griego con un brillo que admirarán los siglos. Pronto aparece Sócrates, que derrocada la dominación de los sofistas, emprende la restauración de la Filosofía atacando en raíz los abusos que descaminaron a los filósofos, señalando la observación del hombre ser base de todo estudio filosófico, y, finalmente, traba- jando con el método que posteriormente tanto ha servido a la Filosofía. Bien presto descuellan dos figuras colosales que reasumen en sí la filosofía de la antigüedad. La nueva faz que toma la Filosofía después de la restauración de Sócrates es com- prendida claramente por Platón. Este espíritu creador así dotado de esa facultad de abstracción propia de los grandes pensadores, con la mirada más vasta que haya tenido otro hombre sobre la infinita variedad de objetos que forman el universo, con ese gusto armónico que parece fruto de una intuición de la esencia de la Divi- nidad, con todas las dotes que requiere la exposición de una nueva doctrina, pónese confiadamente a levantar el edificio de la Filosofía sobre las bases que había esta- blecido su maestro. Aunque aplicado a la observación interior, presto se introduce en la región de lo ideal, y viene a hacer estribar en la teoría de las ideas la base entera de su filosofía. Las atrevidas y brillantes teorías de Platón dan a la Filosofía un nuevo grandor. La Filosofía es para él una ciencia que señala a las demás ciencias su respectivo lugar así como su objeto. Ella les da los principios en que se fundan, y no sólo domina en el mundo real sino también en el inteli- gente. Como si se hubiese introducido en el seno de la Divinidad, produce al mundo su ideal sobre el cual gira toda su filosofía y al cual debe la influencia que ha tenido en las edades posteriores.

Al atrevido vuelo a que el espíritu de Platón se eleva sucédele una época de re- flexión sosegada, sin el calor de la inspiración filosófica, bien que con el ardor de la investigación científica ejercida por el ilustre maestro de Alejandro. Nutrido en la filosofía platónica, no aspira a arrebatarse la admiración de sus contemporáneos con nuevas y brillantes invenciones. Así como el crítico que falto de fuertes dotes para alcanzar el talento de invención ahonda, sin embargo, los secretos del arte y pro- duce de él una teoría, así Aristóteles con su gran talento de observación, sin de- jarse seducir por brillantes pensamientos, se ayuda de cuanto la investigación cien- tífica puede suministrarle, para levantar una filosofía propia suya. La teoría de las ideas sufre de sus manos rudos golpes, y, en su contraposición, formula la célebre máxima que establece en la experiencia el origen de todos los conocimientos. Sin embargo, no sigue fielmente las consecuencias de esta máxima; se acerca a Platón cuando se interna en algunas nociones fundamentales de la Filosofía.

Una escena más variada se sucede en el teatro de la Filosofía a las imponentes

figuras de Platón y de Aristóteles. Erigense a la vez cuatro escuelas: El Pórtico, la de Epicuro, el Escepticismo y la Nueva Academia. Una tendencia positiva señala la aparición de las dos primeras, al paso que el choque de las doctrinas se traduce por el escepticismo de Pirrón y la duda de Arcesilao y Carneades. Una lucha se entabla: El Pórtico la sostiene contra las otras tres escuelas juntas y las resiste valientemente, conservando así la autoridad de la razón como la dignidad moral.

Ya la Filosofía se ha producido con variedad de sistemas, y podemos dar por concluido el período clásico de la misma. Otra época comienza y si bien no produce nuevos principios, tiene, sin embargo, su carácter propio por la manera como emplea las doctrinas que de las escuelas griegas ha heredado. Transplantada a Roma la filosofía griega, se continúa y el Estoicismo toma grande autoridad y viene a fortalecer a los varones que presencian la corrupción de la República. Llamada a Egipto por los Ptolomeos, toman una nueva forma las doctrinas de Pitágoras, de Platón y de Aristóteles. Potamon da el ejemplo de eclecticismo; aparece el Platonismo místico, y la razón confundida alcanza el sincretismo. Tampoco falta el escepticismo que, reproducido por Enesidemo y Sexto el Empírico, adquiere nueva energía.

Entretanto se ha terminado la más importante revolución que la historia de la civilización puede presentarnos. El Cristianismo se establece en el mundo romano y difunde por todas las conciencias una nueva moral, y de una manera clara y sencilla señala el fin del hombre. A pesar de esto la Filosofía aun prolonga su existencia, y el Platonismo es adoptado por los Padres de la Iglesia. La razón humana se adormece en los siglos en que los hijos del Norte vienen a sentarse sobre las ruinas del Imperio Romano; mas constituida por estos una nueva sociedad, la Filosofía empieza a dar señales de vida con el estudio de un Aristóteles adulterado. El Escolasticismo ha salido a luz, y el realismo y el nominalismo son las dos cuestiones donde mejor se muestra el espíritu de aquella edad.

Pero en la aurora del Renacimiento no cabe a los estudios filosóficos pequeña parte de la actividad en que rebosa el espíritu. Las doctrinas de la antigüedad son expositadas y comentadas, mientras no faltan pensadores atrevidos y originales que abren nuevos senderos a la ciencia. Llega el genio vasto del canciller Bacon, ve lo incompleto de las tentativas científicas, y, llamando al espíritu hacia la observación, establece la base para la reforma de las ciencias. Abrazando el sistema entero de los conocimientos humanos, les señala el camino y les advierte los escollos. Una dirección nueva vienen a tomar las meditaciones filosóficas con la aparición del *Discurso* sobre el método. Descartes proclamando la independencia intelectual, inspira un vivo entusiasmo a sus discípulos y establece una filosofía que cautiva a los más eminentes ingenios del siglo. Un nuevo orden de investigaciones presenta Locke al mundo filosófico trazando la historia del entendimiento humano. En sus *Ensayos* establece teorías que deben tener grave trascendencia en lo sucesivo. El gran Leibnitz viene a representar a Platón en la época moderna. Otros filósofos siguen en diferentes sentidos ese movimiento que parece no debe detenerse más.

El combate entre las escuelas se renueva, van desenvolviéndose más y más los sistemas anteriores. Las teorías de Locke dan por resultado el idealismo de Berkeley y el sensualismo de Condillac. Con las mismas Hume viene a establecer el escepticismo, y otra vez la razón humana alcanza ese fatal término de sus trabajos. Con todo, dos escuelas renuevan el espíritu de la ciencia y aspiran a constituir la Filosofía: la escuela escocesa y la alemana, Reid y Kant. El primero vindica las verdades

que forman el patrimonio de la humanidad, y el segundo investiga las prerrogativas de la razón. El desenvolvimiento de la filosofía crítica ha venido a imprimir una marcha a la filosofía alemana que aún continúa cada vez más atrevida, mientras la doctrina escocesa va siguiendo paulatinamente sus trabajos.

El ligero bosquejo que acabamos de hacer muestra ya la variedad que reina en las manifestaciones de la Filosofía, variedad que aumenta a medida que la Filosofía va desenvolviéndose. Una muchedumbre de hipótesis así se ven levantadas como destruidas, trabajosas especulaciones quedan estériles para la ciencia, reformas son anunciadas casi cada siglo sin que la ciencia llegue a una determinación precisa; diríase, en fin, que la razón trabaja para demostrar su impotencia. ¡Tanta confusión, tanta incertidumbre, deja un primer golpe de vista en la historia de los sistemas filosóficos! ¿Diráse que la Filosofía sea una si comparamos la variedad de sus sistemas con la unidad de miras que presentan los escritos del físico y del naturalista? Pero ahondemos más en la investigación de la variedad que los sistemas filosóficos presentan.

En la época en que aparecen los primeros filósofos griegos formando las escuelas jónica e itálica, con las dos ecléticas que a esta última sucedieron, la Filosofía busca la naturaleza de las cosas. Algunas observaciones son suficientes a Tales para sentar que el agua es el principio de todas las cosas. Los primeros resultados que obtiene en el estudio de la naturaleza le bastan para establecer una inducción temeraria. El fundador de la escuela itálica, nutrido con los estudios matemáticos, coronando sus trabajos con importantes descubrimientos, realiza las nociones matemáticas pretendiendo explicar por ellas el universo. No obstante, jónicos y los filósofos de las escuelas de Italia tenían por objeto la explicación de la naturaleza y la investigación del origen de las cosas: los primeros buscaban su explicación en los objetos que tenían a la vista, y los segundos en las combinaciones numéricas. Los unos, por una generalización precipitada, daban una explicación de todos los fenómenos, fundando un sistema sobre un reducido número de observaciones; los pitagóricos, lanzándose a atrevidas especulaciones, fijándose en las ideas de relación como si fuesen un tipo inmutable y superior al mundo sensible, sujetaban la naturaleza a sus propias concepciones. He aquí dos filosofías distintas que trabajan por alcanzar un mismo objeto; he aquí dos escuelas que teniendo en vista la explicación del universo nos dan la una una solución empírica, y la otra, racionalista.

Después de la restauración socrática la naturaleza de la ciencia ocupa la atención de los filósofos, y vemos estudiado el sujeto como punto de partida de todo conocimiento. El origen de los conocimientos humanos es la cuestión dominante. Comparemos las doctrinas de Platón y Aristóteles y veremos también dos soluciones distintas. Platón alcanza por término de sus meditaciones la concepción de un modelo abstracto de regularidad, de perfección y de sencillez, el cual podemos decir que es la imagen anticipada de toda realidad. La clave de su sistema hemos dicho ya que se encontraba en la teoría de las ideas. Aristóteles ha andado el trabajoso camino de la observación, ha puesto orden en los objetos que ha examinado, y con estas observaciones ha dado alguna de sus soluciones. Bajo este punto de vista el racionalismo y el empirismo vienen a distinguir estas dos doctrinas.

En la Filosofía alejandrina la Divinidad, el mundo inteligible, forman el principal objeto de las especulaciones filosóficas que presentan alguna novedad: la iluminación y el éxtasis son los nuevos medios a que se recurre: la Filosofía se hace con-

templativa. Así esta variedad no tanto consiste en el objeto como en los medios de alcanzarlo. Pasemos a la célebre controversia del realismo y nominalismo, y veremos también que en el fondo no es más que una diferencia de opinión relativamente a la naturaleza de los conocimientos humanos.

Después de la restauración baconiana también encontramos en la cuestión del origen de nuestros conocimientos la causa de la diversidad de sistemas filosóficos. ¿En qué estriba la filosofía de Locke sino en su axioma fundamental que nuestros conocimientos derivan de los sentidos y de la reflexión? Lo mismo diremos de Hobbes, Gassendi, Condillac y de toda la escuela sensualista. De la misma suerte Descartes, partiendo del acto mismo del pensamiento, ha encontrado un punto de apoyo para constituir la ciencia. Y Leibnitz, siguiendo el movimiento cartesiano, ha restablecido la autoridad de los axiomas racionales. El idealismo de Berkeley se resuelve en una concepción (1) que rechaza el testimonio de los sentidos. Todas las doctrinas, en fin, aunque dirigidas a la explicación del hombre, del mundo y de Dios, vienen a tomar diferentes rumbos según la opinión que establezcan sobre el principio de los conocimientos humanos, es decir, aquellos en que estriba su demostración, su realidad, los límites que tienen señalados; en una palabra, aquellos en que se fundan no sólo las prerrogativas de la razón humana sino la materia en que las ejercita y las condiciones legítimas de su ejercicio. Y en efecto, las opiniones que sobre este punto tenga el filósofo le determinan para la elección del método, y es evidente la influencia de éste en los resultados de su doctrina. Descansa el filósofo confiadamente en la autoridad de la razón, su doctrina se señalará a buen seguro por su carácter dogmático. Al contrario, el empirismo y aun el escepticismo serán el resultado del menosprecio de los derechos de la misma.

De lo expuesto ya se infiere que la variedad con que la Filosofía se ha producido en distintas épocas no depende de no haber tenido a la vista la explicación del universo que en un principio se propuso, sino de la diversidad de opiniones sobre la legitimidad y medios de conocer. He aquí, pues, un carácter de unidad en el término a que han aspirado la mayor parte de los sistemas. El conocimiento, empero, ¿cómo debemos adquirirlo? ¿Cómo alcanzar el conocimiento del hombre y del sistema de seres que constituyen el universo y de la causa primera de todo ser? Hemos dicho que varias filosofías han pretendido conducirnos a ello dándonos una idea del objeto y medios de todo estudio filosófico, pero el éxito no ha correspondido a la importancia de los trabajos emprendidos para conseguirlo.

La verdadera idea de la Filosofía ciertamente no ha sido manifestada de una manera tal que su exactitud haya podido ser reconocida como lo es la de la Física, la de la Astronomía. Las diferentes filosofías deben considerarse como determinaciones más o menos completas de la idea de la ciencia. Esta idea es la que tienen a la vista los filósofos, la que quieren presentar de una manera clara para que una vez reconocida y aceptada pueda constituirse la ciencia de una manera sólida, y una vez fijados sus límites, su método y su criterio, pueda marchar desembarazadamente. Y si esta idea es la que tienen en vista las diferentes filosofías, ¿no concluiremos de aquí la unidad de la ciencia?

Por otra parte los resultados de las diversas escuelas presentan ciertos puntos de contacto que manifiestan la tendencia general de todos sus trabajos. Ensayemos

(1) Paraula illegible en l'escrit original.

una indicación sobre el camino que, a nuestro entender, debe seguir la Filosofía para no verse a cada paso contradecida y acercarse a su verdadero objeto. Es indudable que el espíritu humano concibe sobre todas las ciencias a que consagra sus tareas una ciencia universal que las domina sin que ella dependa de ninguna otra, ciencia de los primeros principios y de las causas primeras, de la razón de todas las cosas, ciencia en fin que abraza el conocimiento de todo el sistema de los seres. Mas esta ciencia primera ¿es asequible al hombre? ¿No parece mejor ser la expresión del deseo de saber que aqueja al espíritu humano, que no un objeto que le sea dado alcanzar? Sin embargo, ya que no nos sea dado subir de un golpe a las regiones de esta ciencia, obedeciendo a ese sentimiento que nos impele a investigar, veamos cómo podemos acercarnos a esa universalidad a que aspiramos. El estudio del mayor objeto en que la Filosofía pueda ocuparse podría colocarnos en ese elevado punto de vista. El conocimiento cabal de la naturaleza y de los atributos de la Divinidad nos revelaría las demás existencias y la razón suprema de las cosas. Más como este conocimiento cabal no sea dable al filósofo, fuerza es buscar otro objeto que abarque la mayor generalidad posible. Este objeto es el hombre. Él es el centro de toda luz, el punto de partida de todo estudio. El conocimiento de la naturaleza del hombre envuelve el de todos los principios de toda verdad y de toda ciencia humana. Pero si el estudio del espíritu humano debe ser el punto de partida de toda filosofía, ¿tenemos medios para alcanzar el conocimiento del mismo? Indudablemente: la serie de fenómenos que se desenvuelven en el interior del Yo, fenómenos de cuya producción nos avisa la conciencia. Al conocimiento de los hechos de conciencia seguirá el de las leyes de su producción; y la observación interna al paso que nos mostrará la inmensa variedad de hechos que pueblan el mundo interior, nos introducirá a más altos conocimientos. Ella nos mostrará los hechos primitivos de nuestra constitución intelectual, y más allá del campo de la experiencia contemplaremos el mundo de la razón. De esta suerte, sin vernos limitados al conocimiento empírico de los fenómenos y de las leyes que siguen en sus manifestaciones, entraremos hasta donde posible sea en el mundo de las causas y de las substancias, así como de las razones finales de las cosas, a las condiciones de la verdad y de la justicia, y, finalmente, al conocimiento del Supremo Ser. De esta suerte la Filosofía se resuelve en importantes aplicaciones a la Lógica, a la Moral, a las más importantes necesidades de la vida intelectual y moral.

Concluiremos, pues, diciendo que a pesar de la variedad de sistemas filosóficos, no hay más que una sola Filosofía, cuyo objeto primordial es el estudio del hombre moral e intelectual para pasar después al de la universalidad del sistema de los seres y al de la causa primera de toda existencia.

Madrid y julio 18 de 1847.

JAVIER LLORENS.»